Sede Apostólica
Secretaría de Estado
Card. Tarcisio Bertone, Secretario de Estado

Mensaje

32º Meeting para la Amistad entre los Pueblos 2011

Y la existencia se llena de una inmensa certidumbre

10 de agosto de 2011

A Su Excelencia Reverendísima Mons. Francesco Lambiasi, obispo de Rímini:

Excelencia Reverendísima, también este año tengo la alegría de transmitir el cordial saludo del Santo Padre a Vuestra Excelencia, a los organizadores y a todos los participantes en el Meeting para la amistad entre los pueblos, que se celebra en estos días en Rímini. El tema escogido para la edición de 2011 —"Y la existencia se llena de una inmensa certidumbre"— suscita interrogantes diversos y profundos: ¿Qué es la existencia? ¿Qué es la certeza? Y sobre todo: ¿cuál es el fundamento de la certeza, sin la cual el hombre no puede vivir?

Sería interesante entrar en la riquísima reflexión que la Filosofía, desde sus albores, ha desarrollado en torno a la experiencia del existir, del ser, llegando a conclusiones importantes, pero con frecuencia también contradictorias y parciales. Sin embargo, podemos ir directamente a lo esencial partiendo de la etimología latina del término "existencia": *ex sistere*. Heidegger, interpretándola como un "no permanecer", puso de relieve el carácter dinámico de la vida del hombre. Pero *ex sistere* evoca en nosotros al menos otros dos significados, todavía más descriptivos de la experiencia humana del existir y que, en cierto sentido, están en el origen del dinamismo analizado por Heidegger. La partícula "ex" nos hace pensar en una proveniencia y, al mismo tiempo, en una separación. La existencia sería, por lo tanto, un

sido arrancado definitivamente de la nebulosidad que lo rodeaba. A través del Hijo, con el poder del Espíritu Santo, el Padre nos ha desvelado definitivamente el futuro positivo que nos espera. «*El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras*» (ibíd., 7).

Cristo resucitado, presente en su Iglesia, en los sacramentos y con su Espíritu, es el fundamento último y definitivo de la existencia, la certeza de nuestra esperanza. Él es el *eschaton* ya presente, Aquel que hace de la existencia misma un acontecimiento positivo, una historia de salvación en la que cada circunstancia revela su verdadero significado en relación con lo eterno. Si falta esta consciencia, es fácil caer en los peligros del actualismo, del sensacionalismo de las emociones, en donde todo se reduce a un fenómeno, o de la desesperación, donde las circunstancias no parecen tener sentido. Entonces la existencia se convierte en una búsqueda afanosa de acontecimientos, de novedades pasajeras que, al final, defraudan. Solo la certeza que nace de la fe permite al hombre vivir de modo intenso el presente y, al mismo tiempo, trascenderlo, descubriendo en él los reflejos de lo eterno, a lo que el tiempo está ordenado. Solo el reconocimiento de la presencia de Cristo, fuente de la vida y destino del hombre, es capaz de despertar en nosotros la nostalgia del Paraíso y proyectarnos así con confianza hacia el futuro, sin temores y sin falsas ilusiones.

Los dramas del siglo pasado han demostrado claramente que cuando falta la esperanza cristiana, es decir, cuando falta la certeza de la fe y el deseo de las ”cosas últimas”, el hombre se pierde y se convierte en víctima del poder; empieza a pedir la vida a quien no la puede dar. Una fe sin esperanza ha provocado el surgimiento de una esperanza sin fe, intramundana. Hoy más que nunca, los cristianos estamos llamados a dar razón de nuestra esperanza, a testimoniar en el mundo el ”más allá” sin el cual todo se mantiene incomprensible. Pero para esto es necesario ”renacer”, como dijo Jesús a Nicodemo; dejarse regenerar por los sacramentos y por la oración, redescubrir en ellos el cauce de toda certeza auténtica. La Iglesia, haciendo presente en el tiempo el misterio de la eternidad de Dios, es el sujeto adecuado de esta certeza. En la comunidad eclesial, la *pro-existencia* del Hijo de Dios nos alcanza; en ella la vida eterna, a la que toda la existencia está destinada, se hace experimentable ya desde ahora. «*La inmortalidad cristiana —afirmaba a comienzos del siglo XX el padre André-Jean Festugière— tiene como*